

IX

Un día en que hubo gran revuelo de clientes, copiosa entrada de prendas y dinero, y largo conciliábulo de hechiceras y soplonas, es decir, en que la casa de la gran bruja echaba lumbres, improvisamente presentóse Pepito, alegre, voceador, *chispoleta*, de traje corto, pavelo y corbata roja, llevando consigo no menos que al célebre Paco Alijares, Paco Villena, á quien todos apellidaban con el título—ya por suyo—de su octogenario tío.

Paco Alijares, «el húsar á la borgoñona»—según Sútis—, *el Verónicas* en la Peña, y entre toreros *el Marquesito*, era triplemente invencible en juegos, en deportes y en amor. Con sus treinta años, su gallardísima presencia, su prestigio legendario de caballista, de torero, aeronauta y tirador sin rival; con aquel cinematográfico mudar de tipo y de traje, pasando desde el figurín militar al sumario equipo de esgrima ó de *sport*, al gentil atavío de caza, á la germánica librea del *chauffeur*, al traje corto del torero, al *complet* británico, al *smoking* ó al frac; con tales atractivos, y por fondo á su arrogante figura la rica dehesa granadina de los Alijares, y para colmo el sonoro título y la brillante corona de marqués, no había madrileña casadera que no

soñase con el capitancito de húsares. El nene estaba engreidísimo, y era de cuidado; tenía los ojos muy juntos, los labios delgadísimo, la nariz colgante, el mentón prominente: signos de suspicacia, ambición y dureza. De sus ojos grises, y de bajo el enrizado bigote, partían simultáneas una mirada y una sonrisa frías, cortantes, metálicas, que evocaban el relámpago de acero de su sable desnudo en las marciales ostentaciones.

La aparición de Alijares acabó de incendiar la pólvora en casa de las Reinaldos. Pepito y el húsar venían de una novillada que presencié todo el Madrid de las crónicas de *Monte-Cristo*. Paco Alijares fué el héroe de la fiesta. ¡Vaya un niño! ¡Se ganó la primera ovación! Hasta Lucientes le abrazó al salir del redondel; y de palmas, floreos y conquistas, ¡el disloque! ¡Así venía él bufando orgullos! También *el del guante* oyó palmas colgando un par al cuarteo y adornándose, y quería que Maravillas admirase sus éxitos toreros y que conociese á su amigo Alijares en el día de su triunfo. Además, Paco venía herido; ¡nada!, un puntazo en la mano izquierda: ni se enteró él; ya de regreso, en el coche, notó que la mano le dolía, se le hinchaba, le sangraba un poco. Doña Aurora, nerviosa desde la entrada de Alijares, desplegó toda su actividad y sus finas artes de dama enterada y previsora: algodón hidrófilo, gasa iodoformizada, de todo había en su botiquín, de todo sabía ella; pero para aquellos casos de primeras curas y vendajes, Maravillas se pintaba sola. ¡Tenía unas manos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ms. No. 1825 MONTERREY, MEXICO

33790

—¡Anda, niña, oficia de hermana de la Caridad!

—¡Por Dios, señora!

—¡Pero tía!...

¡Cualquiera resistía á la autócrata! Entre rubores de Maravillas, ceños de Pepito, resoplidos de Encarna y mangoneos de la Reinaldos, realizábase la cura; el paciente, halagado por la caricia involuntaria de aquellos deditos temblorosos de emoción, clavaba en la muchacha el doble rayo de su mirada y su sonrisa de acero. Sútis, Lucientes y el padre Murga, de vuelta de la novillada, hicieron irrupción. Sútis, plantándose ante el grupo, declamó cómicamente:

—Cuando los paladines de la leyenda tornaban victoriosos de monstruos y dragones, las fermosas princesas cataban sus heridas...

Pepito se amoscó de veras:

—¡Para entrometidos y cursis, los periodistas!

—¡Dónde están los duques chulos!...

Se engrescaron, y como la cura terminaba, doña Aurora cortó el incidente con una de sus geniales salidas:

—¡Lo que yo me alegro de que coincidan ustedes! ¡Me vienen como llovidos para resolver una discusión acaloradísima que sosteníamos las tres!

Encarna y Maravillas botaron de asombro; doña Aurora, estupefaciente de frescura, siguió:

—Señores, se trata de una prenda muy española: la mantilla.

—¡Olé!—aclamaron los hombres.

—¡Figúrense ustedes que estas memas soste-

nían que los madroños favorecen más que las blondas!

Las memas reventaban de risa.

—¡Es no tener ojos, ir contra su propio interés; porque lo que es á Maravillas le caen las blondas...!

—¡Que se vea, que se vea!—gritó el grupo masculino, dejándose engañar á conciencia.

—¡Pero tía!...

A Maravillas le repugnaban aquellas farsas; pero no hubo remedio. De una gran caja—llegada aquel mismo día—sacó la bruja dos mantillas, que Sansueña y Alijares hubiesen reconocido, si tales prendas llevasen marca; de una de ellas exhalóse un perfume personalísimo que hizo relampaguear los ojos grises del húsar. Desplegó doña Aurora primero la de madroños, y Maravillas, que vestía sencillo traje rosa, ante el espejo del gabinete, ahuecóse un poco el pelo y, ¡zas!, con cuatro horquillas, se plantó la airosa prenda. Chorrearon los madroños como aterciopeladas gotas de noche por las sienes, por el cuello, por el busto gentilísimo de la muchacha; las blandas motitas sedeñas la envolvían como copos de sombra, acentuando la frescura de su cara de rosa abriléña la llamarada de los ojos, la brasa viva de los labios, el nacarino rebrillar de los dientes.

—Si nevara sobre una criatura así—dijo Sútis—, la nieve, galante, se volvería negra para realzar su hermosura.

El acero de la mirada de Alijares despedía

llamitas azules; los celestes ojos de Sansueña centelleaban de ira y de amor; doña Aurora resplandecía; el padre Murga bufaba de contento, y Lucientes palmoteaba entusiasmado.

—¡Claro que está bien!—pronunció la sibila apropiándose el éxito de la muchacha—. Pero ¡dónde están las blondas!...

Encarna, que había tenido una idea, apareció jadeante con un puñado de claveles rojos arrancados á sus macetas intangibles; doña Aurora le agradeció la *colaboración* con una de sus más melosas sonrisas. Maravillas, entre bochorno y vanidad, soltó los madroños, prendióse los claveles, hincóse una peina de teja en lo alto del moño, tremoló la blonda, aquí un pliegue, allá un recogido, cuatro horquillas, un alfiler en el pecho, otro junto la cintura... Un aplauso cerrado acogió la aparición. Estaba sublime de gracia y sugestión perturbadora. Alijares perdía su calma, Pepito tragaba hieles negras, la bruja triunfaba; Sútis soltó la esclusa á su elocuencia. De aquella castiza figura sugestiva exhalábase algo inefable que el bohemio condensó á su modo:

—¡Alegrémonos, señores: aquí, en la rompiente del Madrid chulesco, aún se siente el palpitar brioso de la España que Goya pintó en su triple aspecto: la zambra, la puñalada, el aquelarre! ¡Oh España-máter, representada en esa maja-Venus, en esa maja romántica, que es Maravillas en persona! ¡Oh emblema de la gran madre, criatura pasional y neurótica, engendrada por

el delirio, crecida en aura de quimera y sortilegio; tú estás predestinada á la catástrofe, eres la novia del desastre, la prometida del cataclismo, eres España!

¡Quién escuchaba los sermones de Sútis!

X

Doña Aurora no durmió aquella noche. ¡Marquesa de los Alijares!—repetía bajo el embozo, acariciándose el alma con la sonoridad fastuosa de aquel nombre—; y veía en los limbos de su erectiva mente la espléndida dehesa granadina; y oía el chorrear magnífico de una ingente cascada de oro, en que percibía distintamente el mate sonido de las graves onzas pálidas y el agudo tilinteo de los aurirrojos centenes isabelinos que desbordaban sin fin de las panzudas ánforas ocultas, sin duda, en los Alijares por el avaro marqués octogenario.

Y de aquella desaforada quimera extrajo doña Aurora un plan completo de campaña, meditado y maquiavélico. ¡No procedieron de otro modo los Alejandros y Napoleones! Tras el laborioso insomnio, levantóse ceñuda y tempestuosa, y dictó á su sobrina irrevocable decreto de expulsión para Pepito Sansueña:

—¡Es un *golfo*; está más entrampado y más

perdido que su casa, que es cuanto hay que decir! ¡Le despides hoy mismo, ó lo pondré yo de patitas en la calle! ¡Ni una palabra más sobre esto!

Maravillas protestó, lloró, afrontó valiente las iras de la tremenda bruja. Y empezó el drama eterno de los amores contrariados. La pasión, acosada, se crecía; la oposición, resistida, exasperábase furiosa. Y comenzaron las citas clandestinas y azorosas y las cartas de tapadillo.

El húsar, guardando la ropa, se picaba al juego; la araña le envolvía entre sus redes sutilísimas. La aduladora Encarna y el vividor Lucientes se declararon por Alijares; el padre Murga, Sútis y la señora *Rafela*, por Pepito; *la Sabela* y *la Crista* recibían propinas de los cuatro beligerantes; las celestinas y correveidiles los enzarzaban á todos; y la casa, la calle, el barrio entero ardió en chismes y se fraccionó en banderías; cruzábanse apuestas y surgían espías espontáneos, que informaban á los unos y á los otros de los movimientos y planes del enemigo.

Maravillas se crecía en la lucha y realizaba prodigios de habilidad y fingimiento; ¡la levadura histriónica fermentaba en ella, y convertíala en digna rival de doña Aurora. La bendita *Rafela* llevaba su condescendencia hasta la complicidad; Encarna, feliz de respirar en aquel aura de novela ó de drama, hasta sin enterarse de ello, azuzaba y embriaba á los contendientes; las brujas, según el oscilar de las propinas, esperanzaban ó aterraban con sus augurios á la muchacha.

Al alma exaltada de Maravillas veníanle estrechas las realidades y las empalmaba con lo prestigioso y extraterreno. Ella estaba segura de su novio; pero temblaba por la suerte de sus amores. Sentía que Pepito la amaba con todas las fuerzas de su ser, y que Alijares la codiciaba, como los donjuanes codician á las guapas hembras, por apetito ó vanidad de un día: de esto le avisaba el instinto. Ella ni á comparar se detenía: amaba á Pepito por el divino «porque sí» de la pasión; por elección y por fatalidad, sin quererlo y queriéndolo furiosamente; por ese inmenso acorde del ser entero y de todas las cosas con que los grandes invencibles amores se entran á la vez por todas las puertas: por el alma y por los poros.

Para la exaltada imaginación, para el atavismo megalómano de la muchacha, era un obsesivo delirio de vanidad la evocación del abuelo semirregio de Pepito, las grandezas de su casa, la impronta de nobleza y señorío marcada en la persona, en los gestos, hasta en el respirar del aristócrata. Para Pepito eran un encanto nuevo, una sugestión irresistible, la verdadera condición—restadas las mentirotas de la Reinaldos—, el temperamento ardoroso é impulsivo, la castiza hermosura de Maravillas, hembra plebeya y goyesca hasta los tuétanos: que aun en esto realizaba la aspiración de Pepito; era su venganza, su desquite de sus soberbias gentes:

—¿Me llamáis *golfo*? ¡Pues emparentaréis con plebeyos!

Lo que se codicia y lo que se ensueña, lo que

se apetece y lo que se adora: eso eran Pepito para Maravillas y Maravillas para Pepito; eran dos víctimas del abandono, dos desheredados, dos sedientos de amor que al encontrarse se fundieron en un supremo abrazo, de los que ni la muerte desata. ¡Cualquiera arrancaba á los novios de las garras de su quimera divina! ¡Cualquiera apeaba á la Reinaldos del «hipogrifo violento» de sus locuras y ambiciones! Justamente ella nació para inquisidora y autócrata; para tracista y Maquiavelo; para duende, maga ó agente de policía. Estaba en su elemento. Tenía doble vista, olfato y oído prodigiosos, y legiones de espías hasta disueltos en el aire. Diríase que, en efecto, poseía artificios demoníacos y desplegaba fuerzas extraterrenas.

Maravillas se agilizaba en la esgrima del engaño, escapábase por el ojo de una aguja, y aprovechaba todos los medios para ver y hablar á Pepito. La señora *Rafela*—única de quien no sospechaba doña Aurora—era el genio tutelar de los novios: su cariño á Maravillas sugeríala mil recursos, y su inmunidad de beata, sus extendísimas relaciones y sus flexibilidades untuosas hacíanla inestimable para el caso.

La religiosidad de Maravillas se exacerbó agudamente: amanecía en las iglesias, y no perdonaba misa, novena ni septenario de cuantos se celebraban en los barrios. A la puerta de las iglesias, en las porterías de los conventos, á la sombra de un confesonario, en el lóbrego rincón de una capilla la esperaba Pepito; secretea-

ban larga, afanosa, desesperadamente. Y cuando no podían verse por miedo á los espías, los mendigos de la puerta de la iglesia, los monaguillos ó las andaderas de monjas servíanles de estafetas. Con el romántico incentivo de la prohibición, del sobresalto y del misterio, el amor crecía y se exaltaba como la llama con el viento.

XI

Un día la Reinaldos sorprendió á la *Rafela* entregando á Maravillas una carta de Pepito: hubo una escena terrible; tía y sobrina lucharon á brazo partido por la carta; la pobre beata fué expulsada ignominiosamente; á Maravillas le acometió un desmayo; doña Aurora, en el paroxismo de su ira, estuvo á punto de volverse loca del todo y cayó al suelo presa de convulsión violentísima. Maravillas, asustada, temerosa de provocar una catástrofe, prometió á su tía sumisión absoluta; rogó á Pepito, por medio de la *Rafela*, que suspendiese toda amorosa inteligencia por algún tiempo, y con sobresalto de la conciencia, redobló sus desesperadas apelaciones al cielo y á la magia. La astuta Reinaldos redobló sus propinas á las brujas, y éstas extremaron inquietadoramente sus alarmanes vaticinios.

Exasperada Maravillas hasta el delirio por aquella cruel incomunicación y aquellos angus-

tiosos presagios, exigió á *la Sabela* un augurio terminante respecto á la suerte de sus amores y al porvenir de Pepito; un verdadero horóscopo de Sansueña. La páfida gitana se negó primero, temblando y crispándose como si le propusieran el más sacrilego atentado; después, entre protestas y aspavientos, accedió, poniendo alto precio al terrible conjuro de «aquel que casi nunca acude», como sibiliticamente dijo.

—¡No lo *jago* nunca—terminó—, y cuando lo *jago*, mal de muerte me cuesta; pero vaya por esa cara de *Vinge* de las Angustias!

Y entregóse á los preparativos del rito espeluznante. No hay que reirse de las supersticiones, como de ninguna dolencia ó nostalgia del alma, creada para más alta y completa vida que esta de limitación y cautiverio que aquí padece. Toda espiritual exaltación tiende á lo extraterreno y maravilloso; y el amor es supersticioso por esencia: ¡confiésenlo cuantos aman! ¡Qué mucho que *Maravillas*, engendrada y vivida entre agüeros y milagrerías, interrogase á la *Esfinge negra*, ante el naufragio de su amor!

La escena fué terrible de pavoroso prestigio: la más absurda ficción puede volverse verdad y tragedia cuando el actor ó el espectador ponen en ella el latir de las arterias y la emoción del alma; actores hay que llegan á padecer fisiológicamente las dolencias que simulan; espectadores que enferman ante la representación de un drama, acaso porque éste plastifica el drama que llevan dentro. Algo de esto acontecía á Mara-

villas: ella no creía, no quería creer en la temerosa evocación; pero aquello exteriorizaba un imperioso anhelo de su alma romántica y fogosa, y, sin quererlo, poníase toda entera en aquella desesperada interrogación al Destino.

¿Creía *la Sabela* en el pavoroso rito? Ello es que ponía en él su alma y sus sentidos, como si creyese. Pálida, temblorosa, cual si un pavor milenario, vinculado en su raza agorera y misteriosa, la sacudiese, tomó de la muñeca á *Maravillas* y encerróse con ella en una habitación obscura; cuidó de tapar todo resquicio por donde se filtrase la luz; plantó en el centro de la negra estancia un braserillo de azófar que sacó del cesto colgado siempre á su brazo; llenó de alcohol el braserillo, y prendió el alcohol con un fósforo. Una llama lívida, espectral, lengüeteó por los bordes de la vasija y subió retorciéndose en espirales azules y aurirrojas; un fulgor sulfúreo alumbró las paredes, sobre las que resbalaron sombras disparatadas y grotescas. La gitana concentró su voluntad en sus salvajes ojos negros; su alocado y torvo mirar agujereó el espacio con tal potencia evocadora, que parecía percibirse la presencia del *invisible* á quien ella veía; sus labios se movían como si rezase; luego dió tres vueltas cabalísticas en torno á la llama, pronunciando palabras ininteligibles; arrancóse los peinecillos rojos que sujetaban sus rizos, y azotó el aire con la negra crencha. De pronto, con más arte ó con más emoción que *Sara Bernhardt*, la maldita se agitó, sacudida por terror

Maravillas sollozaba más fuerte, y su llanto exacerbaba la cólera del gigante. ¡Qué culpa tenía ella! ¡Pobrecita de su alma! Pero él no podía remediarlo: su ternura fermentaba en indignación, hervía en hieles, reventaba en cóleras; era justo, era santo, en aquel rapto se ponía él entero: su impetuoso sentir, su magnífico creer.

—¡Llamáis al mal, y el mal acude! ¡No acude á vuestros ridículos conjuros, acude por ley ineludible, porque le llamáis y os dais á él en cuerpo y alma!

—¡Pero, padre!...

—¡Esto no es una casa cristiana, es un conventículo de brujas, un foco de usuras, de farsas y mentiras!

—¡Padre Murga!—bufaba doña Aurora, relampagueante.

—¿Qué puede esperarse de una gente que vive de usuras y trapisondas, y se alimenta con la lectura de crímenes abyectos, y se entrega á ritos infernales con gitanas y hechiceras!

—¡Pero, don Lázaro!

—¡Pero, padre!

—¡No hay don Lázaro, ni padre que te valga! ¡Os amonesté mil veces! ¡Buen caso me habéis hecho! Pero yo no sabía todo lo que aquí pasaba! ¡No quería creer lo que me decían! ¡Hoy me han contado cosas tremendas de esa gran bruja endemoniada! ¡Y con lo que acabo de ver, basta! ¡Se acabó! ¡No volveréis á verme! ¡Fui un cándido, pero no seré un cómplice! El sacerdote se acerca al pecador como el médico al enfermo:

para sanarle, no para enfermar con él inútilmente. ¡Me condenaría sin salvaros! Sois incorregibles, vivís en pecado mortal. ¡Atraéis la ira de Dios! ¡Anatema!

Doña Aurora, aterrada ante el escándalo, rugía frenética. Encarna sollozaba fragorosamente. Maravillas, cayendo del pavor supersticioso en el religioso temor, lloraba acongojada y convulsa; y el cura, al oirla, sentía bambolearse su fiera entereza.

—¡Adiós, desdichada!—rugió enronquecido por el llanto—; si vuelves á la fe, me encontrarás; ahora, dame por muerto.

Y salió, estremeciendo la casa á portazos y bufidos; y llenó la escalera con la masa ingente de su corpazo negro, con el fragor de sus tóses, carraspeos é imprecaciones, y con los furiosos aleteos y remolinos de sus manteos en borrasca.

XII

Pepito, entretanto, apuraba todos los tormentos de la ausencia, recorría los círculos de la desesperación y sentíase mordido por los áspides de la ira, de la envidia, del despecho, de la duda y de los celos. Tenía sed, hambre, ansia furiosa de ver á Maravillas, de oirla, de adivinarla, siquiera de lejos, tras los visillos de su

balcón. Inútilmente recorría las calles, los conventos, las iglesias donde solía encontrarla; registraba ávidamente la sombra de las capillas; miraba, una por una, las cabezas femeninas que llenaban la nave penumbrosa. ¡Nada; nada siempre! Acechaba en las encrucijadas oscuras, atisbaba desde la esquina frontera, veía la casa impenetrable, muda, enigmática, los balcones cerrados, y alguna vez la manaza de doña Aurora alzando la punta de un visillo; veía entrar ó salir á Sútis, al torero, á la señora *Rafela*... ¡A Maravillas no la veía nunca! Mordíase los puños, maldecía, lloraba de rabia. En aquel amor se hubiera lavado su alma como en un Jordán, se hubiera transfigurado como en Tabor de eterna luz. ¿Para qué le asomaron á aquel paraíso? Sentíase más solo, más abandonado que nunca. Y como todos los flacos de conciencia, cargaba á Dios la responsabilidad de sus actos futuros.

Una vez que quiso ser bueno y tener esperanza y amor y subir al cielo de la mano de una mujer, no le dejaron, le arrojaban desde el cenit de su ensueño al negro abismo de su desastrada vida; ¿quién tendría la culpa de lo que sucediese? Era el blasfemo y cómodo: «Llamé al cielo...» de todos los donjuanes. Ya no había que pensar en amor ni en redenciones: había que dejarse resbalar por las espirales negras de la desesperanza al cieno de todas las perversiones. ¡Dios y Maravillas lo habían querido! ¡Ella ni sabía lo que era amor!

Pero ¿quién era ella para despreciarle á él así?

Allá á lo hondo de su ser sentía el bárbaro tumbido de una ola hervorosa, formidable: ¡la raza!, el salvaje brío de cien generaciones de hierro. ¿Quién era ella? ¡Vamos! ¡Una cursi, una *golfa*, una solemne farsanta, digna de la grandísima bruja trapisondista de su tía! Y del fondo de su animalidad, del légamo de su viciosa vida, ascendían bajas y sanguinarias sugerencias; y sus frescos labios de príncipe escupían las viles heces del léxico tabernario. Su sangre hervía, golpeaba furiosa sus sienes, oprimíale la garganta; faltábale el aire, bramaba, rugía, crispábase convulso, y los extremos de su boca rezumaban leve espuma epiléptica, signo degenerativo de su raza, gastada en el pecado.

Al fin venía la calma por agotamiento; luego la blanda sedación; después el bravo reaccionar de la juventud, y sobre el fluido nácar rosa de la renaciente bonanza interior flotaban olas etéreas que le empapaban el alma: ¡el sortilegio de una sonrisa, el embrujamiento de una mirada! Perdidas en la luminosa marea, sonaban unas notitas claras, cristalinas, como gotear de agua en copa de oro; las notitas se aceleraban, desgranándose en raudal que llenaba de júbilo el espacio... ¡Su voz, su risa! ¡Ella siempre, emergiendo de lo hondo de su ser, de las iras, de la calma, del sueño, de la vigilia, del aire, de la noche, de la luz! ¡Ella, ella siempre! ¡Aquello era una obsesión, una demencia! ¡Sí; él estaba loco! Maravillas estaba esculpida en su cerebro, grabada en su retina, amalgamada á su substancia

gris, amasada con su pensar, fundida á su sentir, clavada en su memoria, pegada á su voluntad, disuelta en su sangre como filtro enloquecedor, como llama devoradora. ¡No había remedio para él!

Perdió el sueño, el apetito, el estómago; olvidaba su propia subsistencia y desdeñaba los medios de buscarla; volvió á las tabernas, á los garitos, al hampa negra; no tenía ya ropas, ni habitación, ni lecho, ¡nada! No comía, no dormía; bebía agenjo y coñac, que le pagaban los amigos; se emborrachaba con todas las borracheras, y no hallaba placer ni olvido al fondo de ninguna copa. Sítis le albergaba algunas noches en el butacón despanzurrado de su leonera, entre desfiladeros ingentes de libros; su largueza bohemia le regalaba con *brandy* de buena marca, puros *de gorra*, café desnaturalizado y sermones *de golfo*, como él decía:

—Maravillas te quiere—mirada fulminante de Pepito—; te quiere, aunque me apuñales con los ojos; manda al infierno á la bruja y carga con la maja romántica, que es flor de canela, ¡memo! ¡Búscate un momio! ¡El teatro! ¡Ya tienes carrera! Los príncipes caídos como tú, lo tenéis todo adelantado para actores: sabéis vestiros, sonreír sin gana, troncharos á cortesías, mentir exquisitamente, hacer la farsa social: todo es variar de escenario, pasar de los salones á las tablas, que ahora también son salones; no cambias de nada, sólo que en el mundo finges de balde, ó dando dinero encima, y en la escena te pagan por fingir.

El teatro, sí; ya lo pensó él muchas veces; y no le faltarían valedores y amigos; pero luego, adelante, cuando volviera á ser persona; ahora no tenía cuerpo ni alma; era un neurótico, un espectro, un loco. ¿No lo veía Sítis? ¡Vaya si lo veía! El gallardo Austria *del guante* era la sombra de sí mismo, su esqueleto cubierto de piel terrosa, cadavérica, doblado por la fatal curvatura de la tisis ó la consunción; la fiebre llameaba en sus ojos, enrojecía más aún sus labios de sediento y arrebolaba siniestramente sus descarnados pómulos. ¡Pobre Sansueña, pobre Austria degenerado! Estaba perdido: á las puertas de la muerte ó del manicomio. ¡Triste León de Castilla, misero fin de una raza de héroes!

XIII

¡Mal juzgaba Pepito á Maravillas! También la lima sorda mordía en el bronce de su robusta juventud; veíasela empalidecer y apagarse como herida del mal que acababa á su novio. La formidable Reinaldos halló modo de acaparar todos los momentos de la vida de su sobrina. Su cooperación érale ahora indispensable para todo: Maravillas había de llevar cuentas embrolladísimas y escribir interminables asientos en los libros de la usurera; Maravillas había de cu-

dar, airear y empapelar con mil precauciones las mantillas, encajes, pieles y prendas ricas; Maravillas debía coger los puntos á las delgadas medias de seda y entolar las sutiles blondas, y repasar todo deterioro en las preciosas antiguallas en rehenes, porque de tales cuidados dependían el crédito y ganancias del negocio. Además, la Reinaldos sentíase delicada, achacosa; «la niña» debía dormir con ella, atenderla, peinarse, leerle los periódicos. ¡No había escape! ¡Ni resquicio de libertad!

Con la pluma ó la aguja entre los dedos, Maravillas quedábase suspensa, extática, su mirar se perdía en lo invisible, sus grandes ojos llenábanse de lágrimas y sus labios dibujaban el gesto cruel de un sollozo sin sonido. No comía, no dormía, desmejorábase por días, se mustiaba como una planta sin sol. Desde las terribles escenas del conjuro y del anatema del padre Murga, la casa, desierta y triste, parecía también abatirse bajo el peso de una maldición. Expulsados Pepito y *la Rafela*, voluntariamente desterrado el padre Murga, marrajo Lucientes, tímido Sútis, receloso Alijares, cohibida la Encarna, ya no había lecturas criminalescas, ni tertulias bulliciosas, ni apenas visitas.

Doña Aurora se desesperaba ante la inevitable ruina de sus ambiciones y ante el alarmante decaimiento de su sobrina, única familia, único amor de su existencia. Desde lejos, don Lázaro moríase de inquietud por la suerte de su pobre-cita Maravillas, de su nena mimada: como que

creció entre sus brazos y él la enseñó á rezar, y la quería como hubiese querido á una hija ó á una nieta. ¡Pero no, no volvería á aquella casa, aunque el no volver le costara la vida! Así, cada cual abrazado á su esperanza ó á su quimera, sin quererlo, anhelando lo contrario, entre todos forjaban golpe á golpe la catástrofe.

Distraer á Maravillas, arrancarla á las garras de su pasión, dar la batalla decisiva á la suerte, comprar la última esperanza con la última peseta, jugar el todo por el todo. Tal era la pesadilla de la terca Reinaldos cuando, como evocado por su irreductible voluntad, entró Lucientes animando la casa con el notición del gran acontecimiento, su vuelta á la plaza, de la que su puntillosa vergüenza torera túvole retirado, por intrigas y rivalidades que todos sabemos. Su vuelta en triunfo al redondel, y en día de toda gala, en corrida extraordinaria á beneficio de la prensa de Madrid, con asistencia de los Reyes, público de primera y un pedido de localidades loco, y una expectación como no se vió nunca. ¡Puñaladas había por un tendido de sol! ¡Tiros por un asiento de barrera! ¿Palcos? ¡Ni para el *Sursum!* Pero allí había uno para ellas. ¡O eran amigos, ó no lo eran, cuerno! ¡Como que si doña Aurora y Maravillas no le honraban, no toreaba él, aunque tuviera que *cortarse* la coleta! Alijares estaba furioso por no haber encontrado palco para él y para otro amigo: si ellas le daban hospitalidad...

La Reinaldos creyó volverse loca; abrazó á Lucientes. ¡Qué amigo! ¿Eh? ¡Y qué ovación le

esperaba el domingo, qué desquite, qué palmas! Como resucitada de sí misma, doña Aurora revolvió la casa, volcó arcas y baúles, regaló á Maravillas un traje de raso rosa cubierto de encajes soberbios—¡si ella hubiese sabido que aquél traje fué de la duquesa de Sansueña!—; le regaló una mantilla, un aderezo, unas medias de seda, ¡el derroche! Equipó también á la Encarna de pies á cabeza, y se adjudicó á sí misma un ostentoso traje de brocatel malva, cargado de encajes y abalorios relumbrantes: durante cuarenta y ocho horas cosieron las tres, sin respiro, remodelando aquellas marchitas suntuosidades.

XIV

Por un cielo azul madrileño rodaba un sol de día de toros, un sol goyesco, agresivo, camorrista, emborrachador, que calentaba la medula, encendía la sangre, ofendía la vista, aligeraba el peso de vivir, levantaba de lo hondo del ser himnos patrióticos y ponía en los oídos tonantes redobles de energía, trompeteo belicoso, líricos arpegios, alegres repiques de campanillitas de oro y tilinteo de cascabeles de locura.

El cielo y la villa lucían su traje espléndido de luces, bordado con hebras de sol, con rechis-

peantes lentejuelas de vidrio, de acero, de cobre, de loza, de barniz, de agua, de cuanto brilla y centellea al candente puyazo del sol de España, desde la punta de platino del pararrayos, el capacete de bronce ó el joyel de azulejos de la cúpula, y la cristalería del balconaje, y los vidrios, metales y charoles de coches y automóviles que corrian en el hervir de la calle de Alcalá, hasta los temblorosos charquetales que dejaron el riego y la lluvia reciente entre adoquines ó fango.

Nuestra fiesta nacional es un himno á la alegría de vivir, una bacanal de luz y de colores; una válvula abierta á nuestros históricos arrestos, por donde surten en chorro ígneo, como el metal en fusión, las bizarrías y esplendideces de la raza; un lujo de valor, de salud, de garbo, de naire y gentileza, que ningún pueblo generoso de su oro y de su sangre supo darse tan magnífico y tan bello.

La corrida fué espléndida, memorable, única en los fastos del toreo: un derroche de rumbo, de emociones y de bárbaro heroísmo. Lucientes estuvo colosal: se ganó el tercer entorchado. En lucha olímpica con su terrible rival *el Rifeño*, le arrancó el cetro de las manos y se cobró con creces sus ofensas. El palco de las Reinaldos fué la sensación de la fiesta: en él estaba Paco Alijares, clavados los ojos en Maravillas, y en Paco Alijares las miradas de todas las madrileñas.

Al llegar al último toro, el que iba á decidir la encarnizada competencia entre nuestros dos

primeros diestros, Lucientes, pálido, nervioso, se plantó arrogantisimo ante el palco de las Reinaldos y brindó la suerte en que arriesgaba vida y nombre:

—A Maravillas, la reina de los barrios toreros.

Un aplauso tronante acogió el brindis; la faena del diestro abrió surco en *la afición*, y al tumbar al jarameño de una estocada sin ejemplo, oyó Lucientes la ovación más grande que hizo temblar en sus cimientos la plaza de Madrid; las palmas crujían duro, como mil truenos; el clamoreo zumbaba asordador, como bárbara resaca, y los pañuelos revolaban por el inmenso anillo, como espuma hervorosa de aquel encrespado mar de carne y de pasión. Lucientes temblaba con el escalofrío de la gloria; Alijares le arrojó su alfiler de rubíes; Maravillas, un puñado de claveles; la mitad de la ovación fué para Maravillas, que resplandecía de hermosura entre la aurora de su traje y la noche de su mantilla. ¡Quién hubiese adivinado el agonizar de su alma!

XV

Allá quedaba la plaza encharcada en sangre y estremecida por el espasmo colosal de la trágica fiesta tumultuosa.

En el incendio del crepúsculo, como arboladu-

ras de naves fantásticas, recortábanse los altos perfiles de las cúpulas, flechas y espadañas de la villa. Temblaba la tierra, vibraba el aire; la oblicua luz sangrienta del Ocaso rebotaba quebrándose en chispas, saltando en relámpagos, en salpicaduras diamantinas, y arrastrándose en rieles de fuego al paso del tropel tumultuario. Tronaba en el cerebro el bárbaro fragor de aquel desfile vertiginoso; quemaban la retina los infinitos flechazos de oro, lancetazos de acero y chisporroteos de iris proyectados por el hervir del torrente que asordaba á la villa; y como centellas lanzadas por la gran arteria flamígera, derramábanse por todas las venas de Madrid grupos pintorescos y bulliciosos, coches rebosantes de alegría y colorines, de risas y palmoteos, de mantillas, claveles y flecados y floridos pañolones. Hacia los barrios rodaban con escándalo de juerga loca las manuelas, nietas de las calesas típicas, trono de las majas. Al apagarse contra la empapada tierra la llama viva del sol, alzabase una niebla azul cristalina, envolviendo como sudario de gasa la rota visión magnífica de la fiesta que se disolvía entre nubes como un ensueño.

La manuela de las Reinaldos derivaba hacia el *Madrid goyesco*. Sobre las macizas moles de doña Aurora y de la Encarna, iba Maravillas en vilo; para colmo, pegóseles Alijares, á quien el sol y el vino se le subían á la cabeza. A los pies de Maravillas, anegado en la ola rosa de su traje, en la espuma de sus enaguas, en el perfume que la envolvía, iba el húsar respirando volup-

BIBLIOTECA DE INMIGRACION
"ALFONSO FLYES"
Mado. 1908 MONTEPERREY, MICHIGAN

tuosamente la esencia perturbadora de aquella flor con alma. En el traqueteo del *simón* los clavetes y las blondas le acariciaban la cara ó se le enredaban en el crespo mostacho; y hubo vez en que un tumbo más recio del coche le arrojó materialmente en los brazos el soberano cuerpo de diosa, que él sostuvo tembloroso unos instantes.

Sofocada, aturdida, agotada por la tensión de las emociones, por el bochorno tormentoso y la electricidad excitante de las multitudes, asordada por el bramido y el hervor torrencial del desfile, cegada por el relampagueo de la fúlgida visión cinematográfica que seguía titilando ante sus ojos con puntilleos de iris, iba Maravillas como sonámbula, hipnotizada, ajena á sí misma, secuestrada á su ensueño, incomunicada con su alma, sin albedrío, poseída del demonio del ambiente, de la obsesión hiperestésica del medio, mientras la manuela, con estrépito de ferralla, saltando sobre el empedrado, iba á doblar ya la esquina de su calle.

Braceando, como si nadase en la penumbra azul nubosa del crepúsculo y de la niebla, avanzaba hacia el coche, como para cortarle el paso, una sombra alta y negra que se agitaba, sacudiéndose en convulsiones de locura. ¿Quién avisó á Pepito Sansueña que Maravillas estaba en la corrida? ¿Qué Yago oficioso le enteró de que la acompañaba Alijares?

Antes de doblar la esquina, el *simón* se detuvo dudoso; Alijares, sacando la cabeza del coche, gritó:

—No; más allá; á la vuelta.

En la arrancada el cuerpo de Maravillas volvió á caer en los brazos de Alijares, que lo retuvo un momento.

Pepito vió en ellos á Maravillas, reconoció el traje y las blondas inconfundibles de la duquesa, que evocaron en él la tragedia de su vida: engañarle con aquel traje era el último escarnio; el desamor materno y la perfidia amorosa se fundían en un ser de pesadilla y de locura que entre la llama de su embriaguez y el delirio de los celos le provocaba, le pedía sangre.

Un relámpago de acero, un fogonazo, una detonación, la caída de un cuerpo, el pataleo de un caballo encabritado, un loco revuelo de miembros, faldas y blondas agitadas por un espasmo de terror, muchos gritos; Alijares, la Reinaldos, Encarna, en la acera sosteniendo el cuerpo de Maravillas.

¿Qué había pasado? Súbito otro rayo, otra detonación. Pepito caía, atravesado el pecho por una bala.

Cuando apuntó á Maravillas, al ser hecho de sus dos seres idolatrados, al disparar tuvo la sensación de que apuntaba á su madre; su mano ceterisima tembló, el temblor desvió la puntería, el proyectil rozó el pecho de Maravillas, á quien el susto mortal derribó en tierra; al verla caer, Pepito sintió que el universo se rompía en mil pedazos, volvió el arma contra sí, y esta vez acertó.

Más que el tiro y el ¡ay! trágico del que caía,

y el gritar de todos, el instinto del amor sacó á Maravillas del súbito paroxismo y arrojóla junto al cuerpo de Pepito, que se desangraba en la acera. Desatentada, ansiosa, con el pañuelo, con los guantes, con jirones de sus ropas, con sus manos, con sus labios, quería restañarle la sangre; mas, pareciéndole que no alentaba, alzó anhelante la desmayada cabeza, que en la carrera había perdido el sombrero.

Crecida y revuelta, la madeja de oro lacio envolvía la aristocrática faz marfileña que la algidez agónica aflaba, cuajándola en serenidad marmórea. La pasión enrojeció como un ascua el semblante de Maravillas, reverberando su lumbré en la faz helada de Sansueña. Loca, transfigurada, con el impudor sublime de la muerte, se abrazó al cuerpo del suicida, llenándole el rostro frío de besos candentes, como con ansia de resucitarle; y ya casi en las lindes de la otra vida, el rostro cadavérico se iluminó con un rayo celeste, que debió alumbrarle los caminos de la Eternidad.

En aquel gélido sonreír del agonizante Maravillas quiso ver una esperanza, y pugnando por alzarlo en sus brazos, pidió auxilio á los curiosos y á los guardias, que acudían entonces, y rechazando frenéticamente á su tía, que luchaba furiosa por apartarla del herido, se impuso á todos con la excelsa dictadura de la pasión, y abrazada al cuerpo de aquel hombre, que, vivo ó muerto, era suyo, en el mismo coche que la trajo de la plaza acompañóle á la Casa de Socorro.

¡Pobre Pepito! Nació cuando en su casa no quedaba ya nada, ni cariño; moría cuando el amor resucitaba para él. Llegó «después» y se iba «antes» de la dicha. El no razonaba esto; lo sentía en aquel solemne crepúsculo, en que se apagaba su vida entre éxtasis y desmayos. Maravillas, sublime de exaltación pasional, agonizaba con Pepito; su rostro emblanquecía, se aflaba, inmovilizándose en estupor extremo; sólo sus ojos vivían, ardiendo en llamas de locura. Un halo vaporoso, ultrarreal, nimbaba las dos cabezas espectrales, sublimadas por el amor y por la muerte.

Flotando ya en limbos extramundanos, contestó Pepito á las preguntas del juez: «Sí, él se había suicidado por amor á Maravillas»; y en una mirada suprema ofrecióle el holocausto de su vida. Después recibió la impresión postrera, el bautizo para la Eternidad, la Extremaunción. Y allí, en aquella abyecta cama de operaciones, en el prestado lecho de agonía de los anónimos, de los desclasificados, de las trágicas víctimas de la calle, expiró el hijo de los duques de Sansueña.

Maravillas no le abandonó un momento. Loca de amor recogió su último suspiro y obstinóse en acompañar su cadáver en la cruel odisea que siguen los cuerpos de los suicidas.

La señora *Rafela*, enterada de todo por la Encarna y por las mil lenguas del escándalo, acudió en auxilio de su pobre Maravillas, se constituyó á su lado, y, á petición suya, proveyóla de un

traje y un manto negros, con que substituir el trágico vestido rosa de la duquesa, manchado en sangre de su hijo. Envuelta en el improvisado luto, y seguida de la buena *Rafela*, recorrió Maravillas toda su calle de Amargura. Expulsada por los médicos, gimió en expectante suplicio durante la cruel carnicería de la autopsia; rezando y llorando veló horas eternas á la puerta del Depósito judicial, sórdido almacén de cadáveres trágicos, donde el amor no tiene entrada, y siguió su vía dolorosa hasta el final.

XVI

Por entre desgarraduras de brasa y amatista volcábase el oro vivo del sol sobre las verdes orillas frescas del Manzanares. En la Pradera, inundada por reciente lluvia, quebrábase la luz en mil rotos espejos de agua; y por aquellos goyescos términos, bajo el sol y sobre el fango, rodaba en ola anárquica y bravía todo el Madrid de los barrios, escoltando el féretro de Sansueña y la desesperación de Maravillas Reinaldos, envolviendo el epílogo de aquel drama pasional en su emocionante latir y rumorear de coro trágico.

Al entrar en el cementerio de San Isidro, el hampa sediciosa arrolló al pueblo sano, y toda aquella hez promiscua, entre achulapada y men-

digante, entre rural y suburbiana, que desde el despertar y el aguardiente, entre desperezos, tufo de alcohol, de tabacazo y cuerpos sucios, iba á darse el regodeo de vivir gratis una tragedia ajena, de saborear *en vivo* una página de *Los Sucesos*, toda ella cayó de tropel sobre la doliente, ahogándola en su masa de carne embravecida.

Pero tiene el dolor majestad imponente, y fueron de ver aquellas procaces jetas de *golfos* enfermizos, mendigos retostados, vendedores trashumantes, zafias verduleras y daifas inverecundas, cuando al clavar los ojos con animal avidez en la cara exangüe, lívida de la protagonista del drama, se demudaron, como si cambiasen de espíritu, y los que no se apiadaron—y es honor de la especie consignar que se apiadaron casi todos—tornarónse hoscos y carilargos, como diciendo: «¡Vaya..., que nos devuelvan el dinero, que esto no nos divierte!»

Apagóse el hervor de resaca, retrocedió la horda; impresionada y en silencio, fuése acercando la gente chulesca; junto á la abierta fosa continuaba el gigantesco don Lázaro murmurando su último saludo al pobre Pepito, el fúnebre responso que lloraba en sus labios como eterna despedida.

Por sobre las cabezas vióse oscilar el féretro con bamboleos de leño náufrago, luego se le vió bajar y desaparecer como si se lo tragase la fosa, y se oyó el metálico roce de la azada hincándose en la tierra; cuando los primeros granos rebota-

ron en la tapa del ataúd, un grito desesperado rasgó la muerta paz del cementerio, Maravillas osciló y también hubiese caído á la fosa, si dos manos férreas no la hubiesen levantado en alto.

—¡Hija de mi alma!— sollozó á su oído un vozarrón que se rompía en llanto; y el padre Murga, con capa pluvial y todo, la sostuvo en sus brazos, rocióle la cara con el agua bendita del hisopo, y mezclando el final del responso con el aluvión de sus ternezas paternas, acabó por alzar en vilo el desmayado cuerpo de Maravillas, y ayudado por su macabro sacristán, el tío *Guadaña*, llevósela, entre aletazos y bufidos, á su típica vivienda funeraria.

Allí, en la caótica estancia, que venía á ser capilla, despacho, comedor, sacristía y despensa del capellán, soltó éste su desmazelada carga sobre un despanzurrado sofá de gutapercha, de donde arrojó cien objetos, que rodaron en promiscuidad escandalosa: un balandrán viejo, una guitarra, una flamante moña de toros, la negra estola de los responsos cotidianos... Tirando la capa pluvial sobre una silla, de la que saltó bufando un gato despavorido, con el bonete encrestado en lo alto de la pelambre, gritaba el cura, rojo de rabia y emoción:

—¡Tío *Guadaña*, venga corriendo mi manta buena, el poncho de las cacerías! ¡Y á tu vieja, que saque volando una taza de ese caldo de ángeles que ella prepara!

Entretanto, el fiero presbítero, bonete en nuca y estola á rastras, abría con llave el frontal del

altar, que resultó ser, por arte de magia, la puerta de su bodega: allí guardaba, con el vino de consagrar, unas docenas de botellas de caldo jerezano, rubio como el oro; descorchó una, y escanció de su contenido en una caña de las clásicas; á punto que la *Guadaña* hembra acudía con el caldo vaheante; y á viva fuerza empeñóse don Lázaro en que Maravillas apurase ambos líquidos. Mecánicamente bebió ella algunos sorbos de uno y de otro; y por agotamiento y exhaustación extrema, cayó en un profundísimo sopor, más semejante á la catalepsia que al sueño. El capellán cerró quedamente los balcones, y hubiera querido imponer más silencio al cementerio y mayor quietud á la misma muerte.

XVII

Cuando volvían cura y sacristán, tras los últimos responsos y paletadas del día, Maravillas suspiró, rebulléndose inquieta sobre los rotos muelles del torturante armatoste. Don Lázaro abrió lentamente el balcón, y en actitud interrogante y cariñosa plantóse ante la muchacha, como un abuelo ante el despertar de una nieta. Atardecía; densos celajes blancos tamizaban una luz muerta y helada, que llovía como pulverización de nieve sobre las negras frondas y so-

bre los nítidos mármoles funerarios; de la hondonada del Manzanares alzábanse vapores azulosos: diríase que los huesos exhalaban livor fosforescente, que volaba en leves humaredas, fundiéndose á la niebla vespertina; la ciudad de los muertos anegábase en aquellos espectrales clarores como en aura de ensueños ó de visión; y la extraña estancia llenábase de una luz acuosa y vítrea, como si se inundase en fluido sutilísimo, ultrarreal.

Y como en la humana tragicomedia las cosas más cómicas toman acento amargo ó tétrico en las horas solemnes que deciden de una vida, don Lázaro, con sobrepelliz y bonete, plantado en aquella estancia paradójica, y ante aquel grotesco sofá, sobre cuyo respaldo culminaban en disparatado trofeo los retratos de las suripantas y bailarinas más ovacionadas en los tablados del *ínfimo*, con los de algunos reverendos obispos, frailes y monjas de varios hábitos, don Lázaro y toda su estrafalaria vivienda, en aquella hora y en aquella luz, perdían todo color irónico, y tomaban alto sentido dramático y hasta fuerte sabor histórico.

—Hija de mi alma—empezó el cura, carraspeando para ocultar su emoción—, te veo aletear, y hasta los huesos se me alegran. Yo, nena, querría ser un San Agustín, para decirte muchas cosas que me rebullen por el caletre, y casi me empujan las lágrimas; pero... yo no nací para *banderilleos* retóricos; ¡no quepo en el púlpito! ¡No serviría ni para párroco de vivos! ¡Me co-

nozco! Soy de condición indomeñable y feróstica; no tengo más elocuencias que éstas que se me desatan por dentro como ríos desbordados; no sé de palabras; predico con obras, y hago el bien como me sale de la entraña; y mi entraña, que parece de fiera brava, es de hombre bueno, de cristiano, de sacerdote de Jesús. Por eso voy por los andurriales de la vida, á caza de almas descarriadas ó solas; voy á los escenarios, á los garitos, á los lupanares; escarbo en aquel fango con mis dedos consagrados, y á veces saco una perla, y voy y se la llevo á la Virgen, y le digo:

—¡Toma, Señora, la dádiva de este pobre cura loco; un alma que, de negra que era, se ha vuelto como el ampo de la nieve; una perla, Reina mía, para que la engarces en tu corona de estrellas!

Y el cura rompió á llorar con roncós bufidos de león, en que vibraban todos los impulsos de su ser de ángel y fiera. Maravillas levantó la cabeza, y por sus mejillas de bruñido marfil resbalaban dos lágrimas.

—¡Acabáramos! ¡Eso quería yo, tontísima; que llorases, que reaccionaras y volvieras á tu ser; que resucitaras de entre los muertos!—estalló don Lázaro; y prosiguió con gravedad en él inusitada: —Hija mía, tú que acabas de verles las caras á las dos más grandes verdades que alcanzamos á ver en este mundo, el amor y la muerte, es preciso que renazcas de ti misma, que huyas de aquel endiablado vivir entre mentiras, crímenes y hechicerías, de que yo no quiero ni acordarme; que dejes de ser «la novia del cata-

elismo, imagen de la gran maja trágica», como te llamaba Sútis; que abjures de todos aquellos agüeros y fantasías: no nacemos para eso; es necesario que renuncies á vivir en novela ó en poesía; que te pongas en prosa llana, que te humanices, y vivas, y te prepares á ser una buena esposa y madre. Y ahora, á trabajar para tu pobre tía, á quien con este temporal se le había arruinado el castillo de naipes de sus locuras, y está vieja, y necesita de tu auxilio...

Aquí el cura perdía el aplomo y el fuego, hablaba sin convicción, iba seguro de su derrota. El también pertenecía en cuerpo y alma á la leyenda. ¡Y quería poner en prosa llana, en prosa vil, el alma lírica de Maravillas! Era como atar á una noria el caballo alado de la fantasía; como uncir á un arado un toro de lidia, y pretender que con mansedumbre de buey roturase la tierra.

El alma de la muchacha, ausente y como difusa por los abismos de su dolor y por los horizontes eternos, pareció retornar y concentrarse intensamente, y de improviso llameó en sus ojos de venturina.

—¿Casarme yo, padre? ¿Querer á otro hombre? ¡Trabajar como una bestia de carga! ¡Vivir para mi tía, que no vive sino para sus locuras! ¡Para hacer todo eso, tenía que nacer otra vez! ¡No; Maravillas será siempre Maravillas! ¡De Pepe, ó de Dios; se lo juré á él y á la Virgen de la Paloma! ¡Y lo cumpliré! Mi resolución está tomada. Usted correrá con todo eso. ¡Yo no puedo ser ya más que de Dios!

En los ojos de la inconsolable ardió aquella intensa lumbre del alma castellana, que así puede ser pasión que mata como misticismo que se inmola.

Don Lázaro comprendió, mejor, percibió como se percibe la fe, cerrando los ojos y mirando con el espíritu, que aquella vocación era irrevocable; decíasele sin palabras una secreta voz sagrada, que es la conciencia étnica.

En efecto; Pepito y Maravillas fueron, por obra y gracia del sol y de la sangre, dos ejemplares típicos de nuestra excelsa raza; raza de descubridores de mundos y de creadores de belleza, de héroes, de místicos, de quijotes, de toreros, de majas, de neuróticos, de locos; ¡de todo menos de trabajadores pacientes y de calculadores en frío!

Pepito se suicidó, Maravillas se enterraba viva en el claustro: los dos murieron, ¡pero la raza vive!